

RESEÑAS

Hervé Le Corre. *Poesía hispanoamericana posmodernista. Historia, teoría, prácticas.* Madrid: Gredos, 2001.

La poesía hispanoamericana posmodernista fue siempre un territorio con límites difusos y marcado por la vecindad con dos periodos privilegiados por los estudiosos (modernismo y vanguardismo). Dentro de una visión tradicional y diacrónica de la historia literaria, el posmodernismo es un periodo de tránsito o una zona residual donde se ubican textos menores que amplían las formas y los temas del modernismo sin aventurarse por los espacios conquistados por el vanguardismo; por ello, es explicable que no generen adhesiones en la mayoría de lectores contemporáneos ávidos de novedades y rupturas. Hervé Le Corre ha reunido en este libro once estudios que re-construyen y re-organizan el posmodernismo dotándolo de una contemporaneidad asombrosa.

Le Corre demuestra con sólidos fundamentos que el posmodernismo es la “construcción de un discurso original situado en un espacio transubjetivo” (15), reflexiona sobre el estatuto del texto poético y propone una nueva manera de conceptualizar las clasificaciones de nuestra historia literaria mediante sugerentes categorías como la de *discronismo*. El estudio se circunscribe a algunas zonas culturales representativas de la

conflictiva y discontinua modernidad hispanoamericana: Argentina (Evaristo Carriego, Baldomero Fernández Moreno y el *Cencerro de cristal* de Ricardo Güiraldes, tangencialmente también se ocupa de Alfonsina Storni), México (López Velarde, alusiones de paso a Enrique González Martínez, José Juan Tablada y Alfonso Reyes), Colombia (Barba-Jacob y Luis Carlos López), Chile (Carlos Pezoa Véliz y Gabriela Mistral), Uruguay (Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou), Perú (José María Eguren), Cuba (Boti y Poveda), Puerto Rico (Luis Palés Matos). El libro no realiza una cartografía tradicional del posmodernismo regida por la nacionalidad, sino que identifica ejes problemáticos que atraviesan la experiencia poética de los diferentes escritores e intenta repensar el corpus posmodernista desde ellos (márgenes suburbanos, lenguas des(en)terradas, dialéctica entre provincia y nación, entre otros).

El primer capítulo es una revisión de la crítica sobre el pos(t)-modernismo desde los fundacionales planteamientos de Federico de Onís, pasando por los juicios de Paz, Fernández Retamar y Siebenmann. El autor pone de relieve los aportes y las contradicciones de estas ideas; sin embargo, su minucioso recorrido crítico desemboca en una aporía: “no puede existir una ‘semántica’ significada por el sufijo fuera de un marco cronológico (inducido por el prefijo).

Ese marco cronológico constituye, en efecto, el horizonte de posibilidades dentro del cual se elaboran las respuestas posmodernistas” (48). En el siguiente capítulo, el autor considera que redefinir el posmodernismo implica redefinir el estatuto del texto y del sujeto poético. Este es uno de los capítulos más ricos del libro porque cuestiona la distinción propuesta por Mignolo entre el yo poético modernista y la mera presencia de una voz en los textos vanguardistas, Le Corre considera que dicha distinción es una simplificación porque “el “yo” poético es siempre una “voz” (o voces) en el sentido de que no es separable de la inscripción textual (oral-escrita); ésta, a su vez, no es una abstracción: corresponde a una práctica del habla, en sus variantes (históricas, regionales...) y a una poética (con sus utopías y sus compromisos con su tiempo)” (54). Por ello, –concluye el investigador– “el yo “del autor” (pos)modernista no está más (ni menos) ‘presente’ en el lenguaje que el de su colega vanguardista: se trata sólo, histórica y socialmente, de dos configuraciones lingüísticas e ideológicas diferentes” (55). Por otro lado, la figura del poeta inscrita en el texto posmodernista lleva la huella de la distancia, de la diferencia y de la discontinuidad: uso de heterónimos y múltiples dispositivos alterativos (56-7).

La argumentación de Le Corre está inscrita en una hermenéutica social que rechaza conceptuar el texto como un sistema autotélico de signos y donde el habla en el poema es social y pragmática porque “no corresponde a una metafísica de los signos sino a una economía de los discursos” (72). Dado que el poema es “práctica intersubjetiva, móvil, en un mapa siempre cambiante de discursos, de prácticas múltiples” (72), el autor rechaza los binarismos y las lecturas teleológicas y se suma a aquellos que –como Fernando Bur-

gos– propugnan superar una visión lineal de la historia literaria y sostienen que toda lectura de la modernidad es re-creación y donde lo radial, los trasvasamientos y desplazamientos sustituyan las linealidades, causalidades y oposiciones. Sin embargo Le Corre no se deja seducir por la “(e) fusión crítica” y apunta la necesidad de historizar las prácticas literarias manteniendo las posibilidades de aproximación espacial y la insalvable diferencia que hay entre los textos (73-5). Esta posición equilibrada que recupera las nuevas perspectivas/lecturas descentradoras sin abandonar la pretensión de una explicación sociocultural será una marca constante en las diversas argumentaciones de este libro.

El tercer capítulo revisa parte de la producción poética y crítica de 1898 a 1909, el horizonte en que aparecen y se modelan los textos posmodernistas (77). Explica las múltiples vertientes entrecruzadas y contradictorias del modernismo y la necesidad de una lectura intersticial para comprender plenamente el posmodernismo. 1909 es el año clave porque Leopoldo Lugones publica *Lunario sentimental*, irrumpe el *Manifiesto futurista* de Marinetti y se crea el Ateneo de la Juventud, luego Ateneo de México. Esta heterogeneidad y conflictividad de prácticas en una pequeña concentración temporal explica la actitud central de los posmodernistas: la búsqueda de una voz que refracta lo múltiple. El siguiente capítulo realiza una caracterización del posmodernismo que se expande en zonas centrales dominadas por el modernismo y en zonas periféricas parcialmente afectada por el mismo (107). Por ello, las prácticas textuales posmodernistas son culturalmente heterogéneas porque oscilan entre “una creciente democratización y los vestigios simbólicos del poder tradicional” (117). Signados por la movilidad sociocultural y

textual se apropian de –y distorsionan– los modelos prestigiosos centrales desde su relativa marginalidad (118).

En la poesía posmodernista se producen dos operaciones centrales: la reconfiguración en el texto del escritor y su público. La fragmentación simbólica de la instancia de la enunciación implica que el poeta aparece configurado como una instancia que oscila entre el espacio áureo y el espacio cotidiano, consiguiendo la reducción de la distancia entre el poeta y la comunidad hablante (125-6). Mediante la ironía se desacraliza la función poética (escritura-lectura) con lo cual se contribuye a una modernización del texto literario. Paralelamente, el lector posmodernista es construido textualmente como culto y popular, cosmopolita y regionalista, múltiple y disperso, pero asentado en condiciones históricas.

El capítulo quinto demuestra fehacientemente que el posmodernismo no puede reducirse a una poesía de aldea o de provincia homogénea ya que nace en la “polifonía contradictoria del capitalismo y de las economías emergentes” (131). Le Corre estudia los poemas de Carlos Pezoa Véliz donde aparecen las voces y las percepciones de los obreros, los campesinos y el populacho. En la obra de Evaristo Carriego encuentra al poeta “orillero” que permite diversos cruces (popular/ culto; rural/ semiurbano), donde “el barrio es, pues, una posibilidad de textualización del habla cotidiana y la expresión de una sensibilidad nueva” (143). El puertorriqueño Luis Palés Matos incorpora el tema negro duplicando la excentricidad urbana e invitando al sujeto poético a desplazarse hacia otras comunidades étnicas con sus propias voces y formas populares. El cubano José Manuel Poveda construye al arrabal y a los barrios pobres como escenarios de su poemas, sus combinaciones rítmicas semánticas transgreden

abiertamente al modernismo y escribe en prosa y bajo un seudónimo femenino (Alma Rubens) lo cual es otro intento de dejar hablar otra voz (166). Así en Poveda y Palés Matos, “el poema representa el lugar del posible (re)encuentro con el otro yo (la “otredad” del yo)” (168). En todos estos textos se observa desestabilización y fragmentación del sujeto poético, nuevas tensiones de lo culto y lo popular que permiten comprender la estética vanguardista como consecutiva y no antagonica al posmodernismo. Un punto capital en las argumentaciones de Le Corre es que existen significativos vínculos entre ambos movimientos que han sido silenciados por los estudiosos del vanguardismo.

El sexto y séptimo capítulo estudian el papel de la provincia como imagen, metonimia y textualidad que exige sus propias voces y percepciones. La provincia es una construcción poética: un espacio heterogéneo de cruces, un prisma que desea refractar la esquivo totalidad. Analizando los textos de Luis Carlos López y de Regino Boti se observa que la provincia se constituye como metonimia del fracaso nacional y de las taras de la sociedad y que la representación mimética del paisaje aparece desarticulada por el proceso de la modernidad. Así, La provincia es el lugar de confrontación entre modernidad y tradición (192). El lenguaje también se altera y de las armoniosas y bucólicas representaciones se tiende hacia el prosaísmo, la experimentación y las ironías.

La textualización de la provincia corresponde a una nueva enunciación de las literaturas nacionales (200). Esto implica una nueva narrativa de lo nacional que apuesta por la “la suave patria” velardeana y rechaza el tiempo lineal del progreso y de la Historia. El tono menor y los discursos desde el margen se formalizan en la miniaturización (micro-

temporal y microespacial) y la feminización de la patria.

El posmodernismo amplía el rango de posibilidades abiertas por el modernismo, transforma y parodia su lenguaje o rompe con el léxico y la sintaxis modernista, la provincia no se cierra sino se abre a nuevas experiencias culturales y formas discursivas. "El provincialismo posmodernista es un síntoma de la modernización difícil y contradictoria de Hispanoamérica (...) El modernismo había llegado a constituir un 'mercado' utópico, con su *panlengua*, importando la 'técnica europea'; el posmodernismo señala la difracción del modelo, actualiza sus contradicciones" (231).

El octavo capítulo explica como las lenguas des(en)terradas se actualizan en el campo de la poesía posmodernista. El único grupo posmodernista que se articula coherentemente desde los inicios es el de las mujeres. (234). Juana de Ibarbouru construye un sujeto volátil, transgrede los símbolos eróticos convencionales, histeriza el cuerpo lingüístico. Delmira Agustín toma posesión del lenguaje erótico modernista, pero lo transforma y lo desplaza del símbolo a la metonimia: cuerpos que hablan. Gabriela Mistral posee un sentido inédito de la tierra, del cuerpo y de la materia y distorsiona los discursos religiosos tradicionales. Estas notables lecturas se alejan de la recurrente operación deductiva de ciertas perspectivas de género y recorre un camino inductivo donde los propios textos ofrecen una irradiación de sentidos que reconfiguran las imágenes tradicionales de la mujer y el amor. Por otro lado, López Velarde feminiza la escritura; Alma Rubens nace con un poema en prosa llamado poemato porque el sujeto se experimenta como múltiple y contradictorio ya que requiere crear su propio territorio más allá de los géneros y formas discursivas. "Los posmoder-

nistas (...) trabajan con una lengua heredada, pero la mutilan, la podan, la cruzan y la mestizan, (...) abriéndose espacios donde quepan voces tradicionalmente calladas" (253). Estas operaciones políticas enmarcadas en las poéticas posmodernistas dotan a estos textos de una vigorosa actualidad: una recurrente preocupación por hablar sobre/desde los sujetos subalternos.

El capítulo nueve contiene el núcleo de la propuesta del autor: el posmodernismo operó como discronismo. Además, se ofrece una completa caracterización del aspecto formal (rítmico-métrico) del poema posmodernista (interés por las formas breves, búsqueda de síntesis metafórica, predilección por las formas sin regularidad estrófica y por las asonancias, pérdida del prestigio de la rima, anosilabismo frecuente, nuevas formas de versificación) (258-260) y una identificación de las tres experiencias centrales de la escritura posmodernista (mezcla de los códigos lingüístico-culturales, creatividad en torno a la imagen y la condensación: síntesis rítmico-semántica, irrupción de nuevas voces que originan textualidades ideológicas y formalmente inéditas: escritura femenina y la poesía afro-hispanoamericana) (276). La riqueza de la categoría de discronismo permite comprender el mayor despliegue textual de los modelos anteriores, el "replanteamiento de nuevas configuraciones textuales diferenciadoras" (266), la apertura del (pos)modernismo hacia los territorios textuales más diversas, sin estrictas categorías cronológicas o tipológicas" (267). Por ello, "el retroceso aparente a formas arcaicas de versificación o de ritmo resulta quizá más subversivo que las formas más evolucionadas de versificación (...) subvierte las cronologías legislativas, deshace las clasificaciones" (269). En síntesis, el posmodernismo apunta a la creación de un

espacio móvil y contradictorio, pero productivo. La búsqueda de otro lugar para el poema produce “paso de un sistema rítmico (una poesía silábico-accentual) a otro (una poesía ideológica y visual) (...) que se efectúa bajo el signo impuro de la traducción, y de la confrontación entre tradiciones rítmicas alejadas” (279). No sólo impera el verso libre, sino también mezclas genéricas como el poema en prosa y las prosas poéticas (283).

El décimo capítulo complementa las propuestas anteriores con una definición mínima: “el posmodernismo se construye como ‘lectura’ (divergente, convergente, oblicua...) del modernismo” (291). El funcionamiento textual del posmodernismo es afín a las estrategias de las culturas populares: audaces formas de apropiación y transformación de los bienes simbólicos prestigiosos, la diferencia radica en su conciencia y en su voluntad de hablar desde el centro, desde las formas mayores de la cultura (292). Realiza manejos heterodoxos (variación, sobrecarga, empobrecimiento de la lengua franca del modernismo. Complejo e inasible porque socava la unívoca dialéctica entre constantes y variantes, el posmodernismo conserva la pluralidad textual: es un sistema transactivo de pasajes y puentes (304).

El modernismo pretendió crear un funcionamiento moderno de la producción literaria y son evidentes las analogías con el modelo económico: se establece en relación con un padrón de oro simbólico, sin que éste funcione como limitación a sus manipulaciones; y circula como “lengua franca” más allá de lo local o nacional (307). En esa circulación se coloca el énfasis en la producción de significantes para buscar la mayor productividad y la mayor plusvalía posibles. La paradoja modernista consiste en buscar simultáneamente la independencia del significante del

referente e incrementar el número de lectores (309). La parábola del hijo pródigo sirve para explicar la actitud del posmodernismo frente al legado modernista: no mata al padre, juega con sus restos, sus despojos (313), “oscila entre diversos polos sin identificarse plenamente con ellos, que van de la conservación del padrón oro a su devaluación irónica/ética” (316). El último capítulo se dedica íntegramente a reflexionar sobre la poesía de José María Eguren empleando las categorías y perspectivas anteriormente comentadas.

Le Corre con una rigurosa argumentación y una creativa prosa nos invita a repensar las clasificaciones y límites de nuestra historia literaria y las radiaciones de la poesía hispanoamericana. Este texto nos enseña que las secuencias lineales, las oposiciones binarias y las rígidas caracterizaciones son operaciones que deben matizarse o descartarse en aras de nuevos modelos de comprensión de la historia literaria. Uno de los aspectos más sobresalientes del libro es la revelación de un corpus poético que está definido por la inestabilidad, fragmentación y heterogeneidad del sujeto poético, la irrupción de otras voces, las subversiones culturales, los nódulos sincrónicos que refractan otros tiempos y otros espacios en la textualidad, las (des)articulaciones de lo local y lo global y los límites de lo nacional. Todos ellos son problemas que poseen una dramática actualidad no sólo en buena parte de la poesía contemporánea, sino sobre todo en el móvil campo cultural hispanoamericano. Sin lugar a dudas, este libro abre las puertas para releer nuestra poesía posmodernista desde los marcos de la teoría poscolonial o desde los estudios culturales.

Texto que por la visión de conjunto, la calidad de su análisis y las numerosas fuentes empleadas se convierte en referencia capital y guía

indispensable para cualquier aproximación al fenómeno de la poesía posmodernista en Hispanoamérica.

Marcel Velázquez Castro
Universidad Nacional Mayor de
San Marcos